

*El Guerrero de San Antonio Ojital.
Una escultura aún perdida de El Tajín, Veracruz*

*The Warrior of San Antonio Ojital: A Long-Lost Sculpture from El Tajín,
Veracruz*

Artículo recibido el 27 de octubre de 2025; aceptado el 5 de diciembre de 2025, <https://doi.org/10.22201/iie.18703062e.2026.128.2935>.

Arturo Pascual Soto Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, apascualsoto@gmail.com, <https://orcid.org/0000-0002-8341-6006>

Líneas de investigación Arte y arqueología de la costa del Golfo de México; El Tajín, Veracruz.

Lines of research Art and archaeology of the Gulf of Mexico coast; El Tajín, Veracruz.

Publicación más relevante *Divinos Señores de El Tajín. El culto al gobernante en los comienzos de la civilización* (Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Estéticas, 2019), 279.

Resumen Han pasado más de setenta años desde que el arqueólogo José García Payón publicó un opúsculo dedicado a sus exploraciones en El Tajín, Veracruz (1954), donde dio a conocer la existencia en San Antonio Ojital de un interesante relieve escultórico. Se trata de una pieza excepcional de la cual sólo se conserva una fotografía, puesto que se encuentra perdida, pero que ahora me permite estudiarla, ya que sus características bien podrían cambiar nuestra actual comprensión de El Tajín en los últimos años del Periodo Clásico (ca. 700-800 d.C.).

Palabras clave El Tajín, Veracruz; San Antonio Ojital; relieve escultórico; Periodo Clásico.

Abstract More than seventy years ago the archeologist José García Payón published an account of his explorations in El Tajín, Veracruz (1954), in which he included a photograph of an interesting sculptural relief found at San Antonio Ojital. The sculpture itself has been lost, all that remains being the photograph; this, however, bears witness to an exceptional piece well deserving of attention since its characteristics may well change our current understanding of El Tajín in the final years of the Classic Period (ca. 700-800 AD).

Keywords El Tajín, Veracruz; San Antonio Ojital; sculptural relief; Classic Period.

ARTURO PASCUAL SOTO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS, UNAM

El Guerrero de San Antonio Ojital

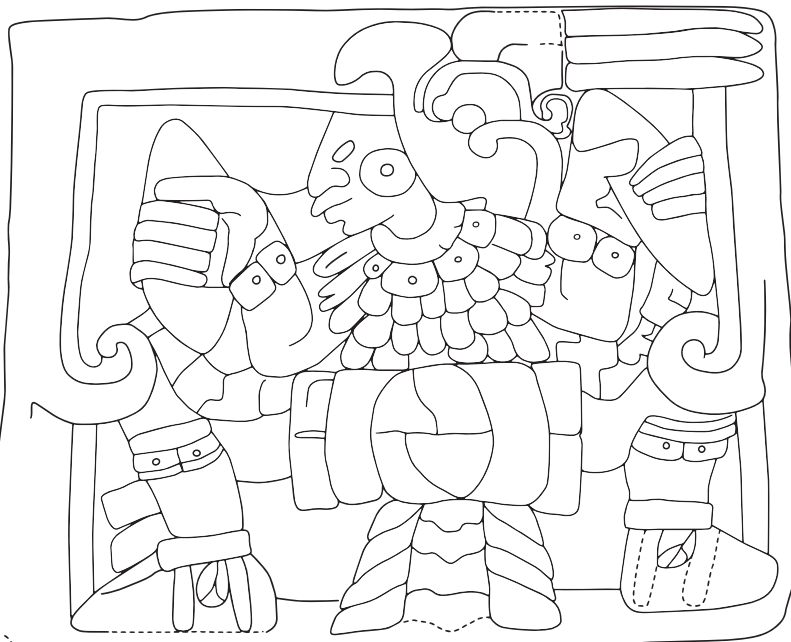
Una escultura aún perdida de El Tajín, Veracruz

El Tablero de San Antonio Ojital

Han pasado más de 70 años desde que García Payón publicó un opúsculo dedicado a sus *Exploraciones en El Tajín, Temporadas 1953 y 1954*, en el cual dio a conocer la existencia de un interesante “tablero procedente del Barrio de San Antonio [Ojital]” (1955, 13). Se trata de una escultura excepcional que no sólo me lleva ahora a estudiarla por razón de su magnífica factura, sino porque es una pieza que, dadas sus características, bien podría cambiar nuestra actual comprensión de El Tajín en los últimos años del Clásico (*ca.* 700-800 d.C.). Comencemos por decir que se encuentra extraviada, no tenemos idea de quién la llevó a San Antonio y, menos todavía, qué ha sido de ella en nuestros días. Aún así, se trata de una pieza extraordinaria que proporciona valiosa información sobre un periodo de la historia de la ciudad que no comprendemos del todo bien. Por supuesto, queda mucho por conocer de aquella época, pero el tablero se encuentra justo al final de una serie de ejemplos que forman parte de una tradición escultórica muy antigua, como se verá más adelante, a pesar de haberse labrado en los inicios de una etapa en la que fueron cambiando los discursos icónicos, la manera y hasta los lugares en los que se expresaban (figs. 1a y 1b).



a)



b)

1. a) El Tablero de San Antonio Ojital. Foto: José García Payón (1955, 36); b) dibujo: Said Rico Díaz, 2025, trazado sobre la misma fotografía.

En busca de una escultura desaparecida

Desde que García Payón hizo la única fotografía que tenemos de este magnífico tablero, nadie más ha vuelto a verlo. Es cierto que podría seguir en San Antonio, pero no sería imposible que con el paso del tiempo hubiera sido llevado lejos, puesto que se trata de una pieza que pesa alrededor de 80 kilos (fig. 1a). Es evidente que para retratarla fue movida del lugar donde había sido resguardada, buscando iluminarla con la luz del sol; por esta razón se la ve en un solar apoyada directamente contra el tronco de un coyol (*Acrocomia aculeata*). En días pasados intentamos encontrarla, pero todo hace parecer que es poco probable que García Payón la viera en el pueblo de San Antonio. Allí no hay quién la recuerde, tampoco don Fidencio, a pesar de que conoció en sus años de juventud a tan eminente arqueólogo y que fungió en su momento como subagente municipal. Lo mismo puede decirse de don Rosendo, quien hablando en totonaco lo recuerda, según su hija, vistiendo botas altas y usando su clásico *salacot*, un casco ligero con el que se hizo retratar en varias ocasiones. Todos ellos coinciden en que el tablero quizá se hallaba en algún lugar al norte de la zona arqueológica, en terrenos que antiguamente pertenecían al Barrio de San Antonio, y que debió ser fotografiado en el patio de alguna de las casas hechas con paredes de barro que existían entonces cerca de El Tajín. De hecho, todavía hay tres de ellas, una junto a un enorme coyol, pero ninguno de sus pobladores sabe dar razón del tablero.

Esta clase de esculturas suele tener medidas muy similares; son piezas que por lo general pueden moverse entre varias personas y es por ello que no fueron pocas las sustraídas de El Tajín en los primeros años del siglo xx. El Tablero de San Antonio tiene un formato que conocemos bien y que se repite en un temprano grupo escultórico procedente de la Pirámide de los Nichos, la obra emblemática de la arquitectura local. Los que han llegado hasta nosotros se reutilizaron en el pasado como piedras de construcción una vez que sus imágenes dejaron de tener el valor que se les concedía previamente. Es decir, terminaron empleados en tareas de albañilería y, dadas sus dimensiones, usados las más de las veces en las cornisas voladas que decoran este extraordinario edificio. Se trata por lo menos de ocho tableros, casi todos de formato rectangular, que representan a varios gobernantes, si es que no es el mismo, mostrados en momentos distintos. Todos comparten un enmarcamiento compuesto por una serie de eslabones que alternan con rectángulos guarnecidos con círculos en el centro. Fueron labrados en un periodo muy corto, probablemente entre los años 550 y



2. Panel 2 de la Pirámide de los Nichos de El Tajín con la representación de un gobernante visto de frente y sentado en un trono. Clásico Tardío (ca. 600-850 d.C.). Dibujo: Betzabé Escamilla Corona, 2016, a partir de un dibujo de Castillo Peña (1995, 235).

650 d.C., que es cuando El Tajín se convierte en una verdadera capital regional, y son los primeros en los que se imprime a las figuras cierto dinamismo, donde se les puede ver interactuando con grandes serpientes o con animales fantásticos. También son los primeros, salvo por el Panel 2 (Kampen, 1972), donde se rompe en definitiva con la postura estática que caracteriza a las representaciones más tempranas de los soberanos (Pascual Soto, 2019) (fig. 2).

Es posible que el tablero de nuestro interés corriera con la misma suerte, que en algún momento fuera vuelto a usar, atendiendo únicamente al valor de la piedra y que al quedar oculto entre otras lajas se conservara en perfectas condiciones. Lo mismo ocurre con otras esculturas; no son pocas las que se han encontrado formando parte de rellenos constructivos, pero también están las que se llevaron lejos del lugar de su hallazgo. Galindo y Villa publicó en 1912 un par de fotografías del Panel 2, encontrado por Del Paso y Troncoso en Papantla y que nombró entonces como “Piedra de Tusápan”, al suponer que procedía de

este sitio de los confines con el estado de Puebla (Avilez Moreno, 2014 y 2015). En una nota de Galindo y Villa al texto de Del Paso y Troncoso aclara que este último, al ocuparse del Templo del Tajín o Pirámide de Papantla, hace referencia “a una salvaje autoridad [...], que con mano impía mandaba arrancar las lajas de la Pirámide [de los Nichos] para pavimentar su propia casa” (1912, 151). Esto es algo que ya sucedía de tiempo atrás, tanto así que para la última década del siglo XIX, cuando la Comisión Científica de Cempoala estuvo en el lugar, la pirámide había sido severamente dañada por unos señores Juárez que tenían en ella una “pedrera” (García Payón, 1962). Casos como éstos hay muchos, por ejemplo, el “Árbol de la vida” o Panel I de la Pirámide de los Nichos que fue visto en 1934 por García Vega cerca del Edificio de las Columnas, mientras que para 1939 ya estaba en El Tajín Chico, lugar donde fue abandonado por quienes buscaban sustraerlo de El Tajín (García Payón, 1940). Hay otras esculturas que terminaron igualmente abandonadas, pero son muchas más las que salieron de El Tajín, incluso mientras se llevaban a cabo los primeros trabajos de exploración. Algunas fueron recuperadas por García Payón en Papantla y hoy se conservan en el Museo de Antropología de Xalapa, pero hay otras —el caso de los relieves que decoraban las columnas del pórtico poniente del Edificio de las Columnas— que desaparecieron, con excepción de unos pocos fragmentos que hoy se resguardan tanto en El Tajín como en la capital veracruzana, y dos más que Kampen sitúa en el Museo de Arte de la ciudad de Filadelfia (1972). De estos últimos, tal y como parece haber sucedido con nuestro tablero, uno de ellos se perdió, incluso después de haber sido fotografiado por Spinden en 1933 (261).

Como puede verse, el asunto de las esculturas de El Tajín, lo que tiene que ver con su descubrimiento, ha sido en buena parte casual. Por supuesto que también las hay que proceden de excavaciones controladas, particularmente en la Pirámide de los Nichos, o que tan sólo por su tamaño —el caso de los grandes sillares de los juegos de pelota— resistieron en su lugar el paso del tiempo. Sin embargo, todo hace pensar que el Tablero de San Antonio Ojital es una más de estas piezas que terminaron por perderse; aunque en este caso, por fortuna, quedó de ella una espléndida fotografía publicada por García Payón (1955) y que es justo la que nos permite estudiarla.

El relieve en el contexto de la civilización de El Tajín

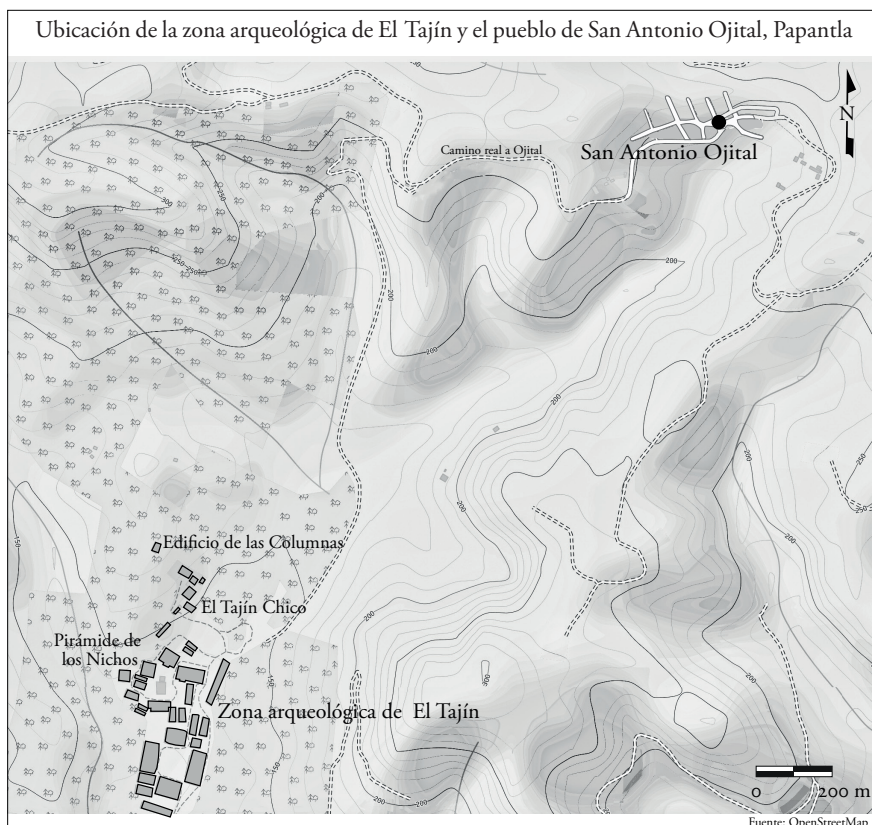
Hemos dicho que el tablero es de forma rectangular. Sin embargo, se observa cortado en la fotografía. Aunque se encuentra enmarcado por una serie de bandas que a los lados forman dos de esos ganchos que son típicos de la escultura clásica de El Tajín, en la parte inferior no es que no pudiera haberlos, en realidad parece que fueron suprimidos de manera deliberada en un momento tardío. Es decir, por más que el tablero no esté completo, en la fotografía se observa, del lado derecho, que la pieza fue vuelta a cincelar y que la esquina se rebajó a modo de redondearla. Este retallado hizo, en mi opinión, que se eliminara por completo la banda sobre la que inicialmente descansaba la figura central.

Vale la pena decir que gran parte de los relieves que se reutilizaron en la Antigüedad como piedra común de albañilería suelen estar partidos o recortados, como si se hubiera buscado adecuarlos al lugar donde serían vueltos a colocar. Esto no es nuevo en El Tajín, como tampoco en otros sitios de la región. Muchos de los tableros de la Pirámide de los Nichos aparecieron rotos, se recuperaron en pedazos, en varios puntos del edificio y hasta en exploraciones sucesivas. La Escultura 4 (Kampen, 1972) que García Payón hacía proceder de la Pirámide, es posible que en realidad se encontrara en el Edificio 20 de la Plaza del Arroyo, y otras dos, que forman parte del mismo grupo escultórico, se localizaron, una en el Edificio A de El Tajín Chico, la Escultura 6, y, otra más, en la Pirámide de los Nichos, la Escultura 5, junto con los fragmentos de otras esculturas de formato similar (Pascual, 1990 y 2019). Aunque sólo la primera de ellas se conserva completa, todas las demás también retrataban de manera convencional a soberanos que probablemente gobernaron en El Tajín en los últimos años del Clásico Temprano (*ca.* 350 d.C.). Son esculturas que se encuentran al final de un periodo que produjo no pocas estelas tanto en El Tajín, la Escultura 1 (Kampen, 1972), como en varios sitios de la llanura costera y la vertiente oriental de la Sierra Norte de Puebla (Pascual, 2019). Lo interesante es, en realidad, el grado de dispersión que alcanzaron dentro del asentamiento, sus múltiples reutilizaciones y la manera en la que, poco a poco, fueron llevadas lejos del lugar donde alguna vez cumplieron con la función para la que originalmente habían sido elaboradas.

Visto de esta manera, es posible llegar a la conclusión de que el Tablero de San Antonio Ojital, dado su excelente estado de conservación, y por el rebajado que sufrió en la parte inferior, debió ser utilizado como piedra de construcción en algún momento posterior al año 800 d.C. Si hubiera quedado exhibido hasta nuestros días, el relieve se hubiera dañado a tal grado que sus figuras probable-

mente ya no serían reconocibles. Por supuesto, esto no aclara en nada el lugar de su procedencia, pero no es imposible que dadas sus dimensiones terminara siendo reutilizado en alguno de los edificios de El Tajín Chico, formando parte de alguna de las múltiples cornisas que los adornan. Sobra decir que no hay manera de establecerlo en definitiva, pero por su tamaño como por la época en la que fue labrado, además del lugar donde se hallaba cuando lo fotografió García Payón, todo hace suponer que se encontraba en esta área de la antigua ciudad, perdido entre el escombros de los edificios. A la historia de El Tajín Chico la rodean circunstancias muy especiales, no sólo porque fue la última sede de gobierno de la ciudad, sino porque en sus templos se hicieron enterrar varios de sus últimos gobernantes (Pascual, 2025). No entraré aquí en detalles, no es el lugar para hacerlo, pero sí debo decir que, en algún momento, entre 1200 y 1220 d.C., no pocas de estas grandes sepulturas fueron saqueadas de forma simultánea. García Vega encontró por lo menos una de ellas, vacía y en parte destruida (1936). García Payón (1955) halló dos más y nosotros hemos localizado otra en el Edificio E, esta última destruida con lujo de violencia. Estos eventos comprometieron en gran medida la integridad de las estructuras arquitectónicas que las contenían, dejándolas a tal grado alteradas que son toneladas de piedra caída las que hay hoy al pie de los edificios que permanecen aún sin explorar. En suma, a causa de sucesos como éstos es posible que se volviera a hacer visible nuestro tablero y que con el paso del tiempo, al ser hallado por casualidad, fuera trasladado a San Antonio. Si no ocurrió de esta manera, si su reuso como piedra común no lo llevó a El Tajín Chico, no cabe duda de que algo terminó por ponerlo al descubierto, algo que en el siglo pasado determinó que fuera encontrado en algún lugar de El Tajín (fig. 3).

Mientras que redactaba estas páginas, tuve oportunidad de conversar con mi buen amigo Leodegario Santes, quien siendo todavía un niño conoció en El Tajín a García Payón. Al saberme interesado en el tablero, decidió buscar a don Marcelo, quien le contó que en aquellos años lo encontraron en la parcela de don Mauricio y que tras su hallazgo lo llevaron entre todos a San Antonio. Ya allí, decidieron colocarlo en la “Agencia Municipal”, pero pronto llegó la noticia de su descubrimiento a oídos de don Pedro Pérez Bautista, entonces encargado de la zona arqueológica, quien no tardó en presentarse en San Antonio, acompañado de unas personas venidas de Xalapa con el propósito de “confiscar” la pieza. Todo indica, de acuerdo con esta versión, que fue llevada a la capital de Veracruz, pero hay que decir que este asunto de la “gente que viene de Xalapa” es una constante siempre que se pregunta por el destino de alguna escultura



3. Mapa del extremo norte de la zona arqueológica de El Tajín con la localización del pueblo de San Antonio Ojital, Papantla. Dibujo: Said Rico Díaz, 2025. Fuente: *OpenStreetMap*.

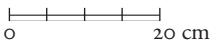
perdida. Lo mismo ocurre en la región de Misantla, donde García Payón (1940) también fotografió en Plan de las Hayas una estela fantástica que retrata a un soberano de la Antigüedad (ca. 600 d.C.), la cual fue “arrastrada” hasta esa población luego de haberse hallado en la cumbre del Cerro de la Morena (fig. 4).¹ Años después, desapareció de la plaza donde estuvo por largo tiempo recargada en una pileta, luego de ser recogida por unos señores que venían de Xalapa con el encargo de llevarla con ellos.² Como podrá verse, la estructura de estos relatos

1. Comunicación personal con Carlos Garrido, 2016.

2. Comunicación personal con Jorge Medina Cornejo, 2016.



4. Estela de Cerro de la Morena, Juchique de Ferrer. Clásico Tardío (ca. 600-850 d.C.). Dibujo: Betzabé Escamilla Corona, 2016.



siempre es igual, suele concluir con la llegada de gente ajena a la comunidad a quienes se les responsabiliza de su extravío. Sin embargo, en la versión que le fue confiada a Leodegario hay más elementos que tomar en cuenta. Independientemente del lugar donde se hallaba el tablero, ambos relatos coinciden en que fue descubierto al norte de El Tajín, aunque el último de ellos lo hace proceder

de una parcela que se ubica a unos 400 metros del Edificio de las Columnas, al norponiente de esta pirámide y no lejos de otro imponente edificio de la ciudad, destinado al juego ritual de la pelota. También queda claro que fue don Pedro quien enteró a García Payón de su existencia y que fue él quien debió conducirlo hasta donde se encontraba.³

Ahora bien, no sabemos a qué acuerdo llegó García Payón con los pobladores de San Antonio en lo que hace a la custodia del tablero, con seguridad algo deben haber convenido puesto que no hay nada que lleve a concluir que fue trasladado a El Tajín como resultado de esta primera inspección. Si después llegó alguien de Xalapa, es algo de lo que no tenemos noticia, y si esta última visita se efectuó en un contexto institucional, entonces sería lógico suponer que el tablero habría sido llevado a esta ciudad para formar parte de las colecciones del Museo de Antropología, donde se concentraban de tiempo atrás todos los hallazgos de esta naturaleza. Al dar crédito a esta última versión, decidí consultar a mi amigo Rubén Morante, quien fue director del Museo y pocos como él conocen tan bien sus colecciones. A vuelta de correo me contestó que: “la única pieza de El Tajín que estaba en la bodega es la estela con el personaje de frente que de inmediato monté en una base y exhibí a la entrada de la sala de El Tajín. La que ahora me muestras en definitiva no está en la bodega, hubiese hecho lo mismo que con la estela dada su relevancia y calidad”.⁴

Siempre con esta idea, también busqué la ayuda de Gustavo Ramírez Castilla, ex director del Museo de la Cultura Huasteca en Tampico. En sus colecciones hay un relieve que procede de la región de El Tajín y que fue fotografiado en la iglesia de Papantla por Francisco del Paso y Troncoso junto al panel de la Pirámide de los Nichos al que nos hemos referido antes (Galindo y Villa, 1912). Gustavo, quien también estuvo encargado del Catálogo de Escultura del

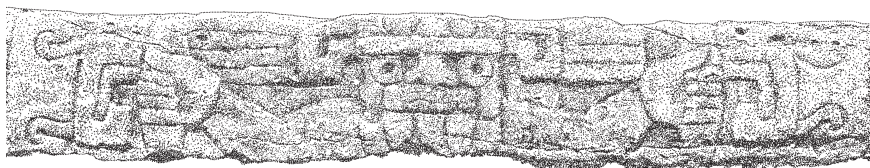
3. Ya con el artículo terminado y mientras se cumplía su proceso editorial, tuve oportunidad de conversar con Jeffrey Wilkerson sobre este magnífico tablero. Él me hizo ver, con toda razón, que don Pedro Pérez Bautista sólo se desempeñó como guardián de El Tajín hasta 1962, aunque aparece en las listas de peones contratados por García Payón desde, cuando menos, una década atrás. Así que es poco probable que siendo todavía albañil hubiera cumplido una diligencia como la que refiere don Marcelo en su relato. En todo caso, podría tratarse de visitas distintas, la que hizo García Payón y otra más, que quizá estuvo a cargo de don Pedro al menos diez años después, y cuyo propósito bien pudo haber sido trasladar el tablero a algún otro sitio, no creo que a Xalapa como se asienta en la narración, sino que por las fechas pudo ser incluso al Puerto de Veracruz.

4. Comunicación personal con Rubén Morante, 2025.

Proyecto Tajín, entre 1989 y 1990, me explicó que ésta y otras piezas estuvieron originalmente en una bodega del Instituto Nacional de Antropología e Historia en el Puerto de Veracruz y que de allí pasaron al museo para formar parte de su colección permanente. Sin embargo, el tablero que es de nuestro interés “no está en la colección del museo, ni en ninguna otra de los museos que he visto. De seguro la recordaría porque es una pieza fuera de serie”.⁵

La pieza parece no estar en El Tajín, tal y como hemos visto, pero tampoco hay registro de ella en la ciudad de Xalapa. Mi impresión, si he de ser honesto, es que se halla oculta y que no será nada fácil dar con ella. Aún así, su imagen permanece en una inmejorable fotografía de mediados del siglo xx y es este singular testimonio de su existencia el que debe mantenerla presente, cuando menos entre quienes nos dedicamos al estudio de esta fascinante civilización de la costa del Golfo de México. Hemos dicho que posee características únicas y que sólo pueden explicarse como resultado de un periodo de transición en las artes plásticas. Nos hemos referido a su singular formato, un tablero de casi un metro por lado, que lo acerca a la producción escultórica de los primeros años del Clásico tardío. Sin embargo, desde el punto de vista del estilo, parece ser mucho más reciente. Es cierto que tiene un formato que no se repite, hasta donde sabemos, después del siglo vii d.C. y que, en el caso del personaje que constituye aquí el motivo central de la figuración, se encuentra rodeado de símbolos que más corresponden a la producción icónica de la primera mitad del periodo Clásico. Me refiero en concreto a los grandes cuchillos de piedra que sostiene en las manos. Esto es algo que conocemos bien en la escultura de El Tajín, así como de otros sitios de su antigua provincia, y que suele ser común en los edificios consagrados al juego ritual de la pelota. En Cerro Grande son las imágenes de Tláloc las que los empuñan, la deidad tutelar de la clase política local y que en este contexto es quien preside los sacrificios de sangre (fig. 5). No obstante, la figura de este guerrero se resolvió con mayor dinamismo, con un estilo que recuerda más al que caracteriza los relieves del Juego de Pelota Norte, sólo que estos últimos se concibieron poniendo en ciertos casos a varios personajes juntos, mientras que en el Tablero de San Antonio Ojital rigen conceptos que vienen de muy atrás en el tiempo y que se materializan en la representación de figuras individuales que tienen más que ver con el retrato conceptual de los soberanos. Sus acciones se resumen en los propios ademanes y nunca participan de una colectividad dispuesta en torno a una celebración litúrgica. Aunque se trate de un relieve más tardío, nuestro

5. Comunicación personal con Gustavo Ramírez Castilla, 2025.



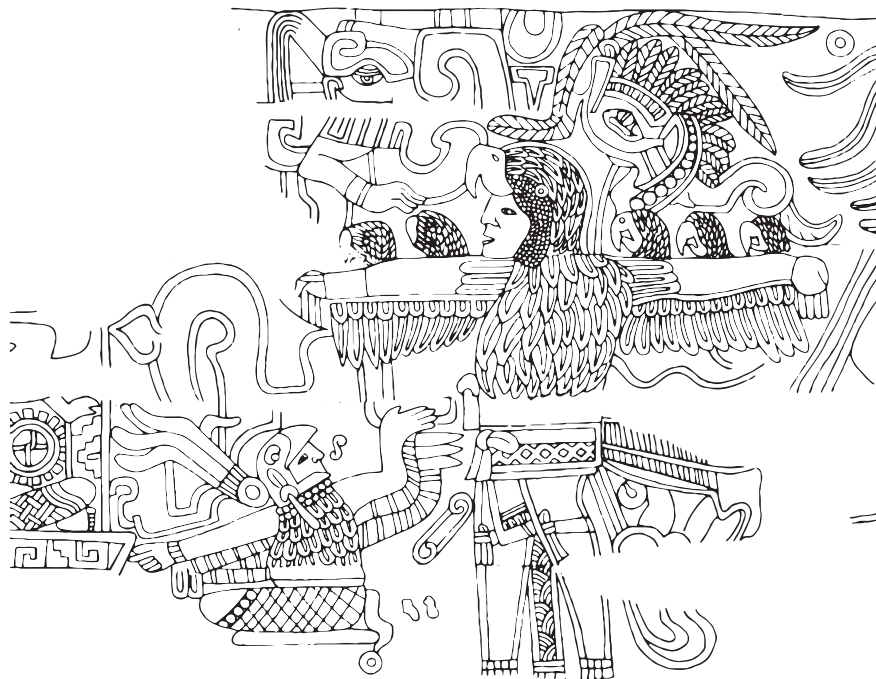
0 15 cm

5. Sillar de piedra arenisca con la representación de Tláloc empuñando dos cuchillos. Formaba parte de los paramentos de un primitivo edificio dedicado al juego ritual de la pelota, Cerro Grande, Papantla. Clásico Temprano (ca. 350-600 d.C.). Dibujo: Fátima Nava May, 2016.

“Guerrero Águila” se muestra representado en cuclillas, algo que también le viene de estas primeras esculturas y que conocemos bien en los tableros de la Pirámide de los Nichos, aunque es una postura que continúa representándose en los relieves del Juego de Pelota Norte. Se trata de una posición que adoptan los gobernantes y que tiene que ver con el asiento desde donde ejercen el poder. A final de cuentas, es algo que va en el mismo sentido del “trono”, la figuración misma del territorio bajo su control.

El guerrero de San Antonio se encuentra colocado de frente con la cabeza girada hacia la derecha. Los brazos están flexionados y empuña cuchillos en ambas manos. Hemos dicho que aparece en cuclillas. El faldellín remata con un arreglo de telas anudadas. Viste un pectoral formado por varias filas de cuentas, una pieza del atuendo que sugiere las plumas del ave y que se completa con un yelmo con la efigie de una cabeza de águila adornada con un largo mechón de plumas. Es interesante notar que por detrás de los brazos se asoman arreglos de grecas que podrían interpretarse como las alas del ave. Es cierto que es muy poco lo que puede verse, pero hay que tener en cuenta que, en los relieves del Edificio de las Columnas, labrados en la segunda mitad del Epiclásico, los guerreros que pertenecían a esta orden militar solían representarse con plumas colgando de los brazos, como si fueran las alas de las aves que personifican. Usan pectorales de idéntica factura, lo que ayuda a identificar a nuestro guerrero como miembro de esta importante agrupación militar (fig. 6).

Esto tiene su interés, puesto que se trata de individuos que pertenecían a las más altas jerarquías y que junto con los “Guerreros Jaguar”, hasta donde sabemos, sólo se les representó en El Tajín en época tardía. Las transformaciones de este periodo de la historia de la ciudad están vinculadas con el ascenso de nuevos



6. Relieve del Pórtico Oriente del Edificio de las Columnas de El Tajín con la representación de un “Guerrero Águila”. Epiclásico (ca. 850-1150 d.C.). Dibujo: Jimena Forcada Velasco, 2006.

linajes de gobernantes y con una serie de manifestaciones orientadas a señalar su distinta construcción intelectual. Entre estas demostraciones resalta la edificación en el punto más alto del asentamiento de una nueva sede de gobierno. El Edificio de las Columnas y su notable conjunto arquitectónico se remontan a la primera mitad del siglo VIII d.C. y es posible que se tratara de un enorme complejo palaciego. Fue un periodo de intensa renovación, marcado por profundos cambios en la conducta ritual de los grupos en el poder. Es ahora cuando cobra fuerza el culto a Tlahuizcalpantecuhtli, a Venus como lucero de la mañana. El complejo ideológico relacionado con el juego ritual de la pelota y el sacrificio humano continuará siendo el núcleo de una religión de Estado y el culto al soberano, el mecanismo fundamental de control social. Fueron tiempos de guerra, la segunda mitad del Epiclásico refleja un momento crítico en la economía de El Tajín, en el cual no sólo se ve interrumpida su habitual interacción comer-

cial con la costa del Golfo de México, sino que experimenta un desabasto real de obsidiana, procedente de los yacimientos de tierra fría. Es entonces cuando surgen estas importantes órdenes militares y cuando encontrarán a ambos lados del Edificio de las Columnas sus propios templos. El periodo de más de 300 años que comprende el Epiclásico lo define una serie de cambios que se manifiestan de manera gradual. No hubo sobreposición de modelos culturales, esto no hay que perderlo de vista, son las mismas transformaciones que experimenta la costa del Golfo, sólo que reveladas mediante las proclamas ideológicas de una nueva generación de gobernantes. Se trata de una primera etapa del modelo cultural que veremos en su forma más acabada durante el Posclásico, en los tiempos de la gran Tenochtitlan y de la Conquista de México (Pascual, 2024).

El que el Tablero de San Antonio Ojital se haga cargo de la representación de un “Guerrero Águila”, por más que haya una serie de elementos formales que hacen pensar en una pieza relativamente antigua, recoge un discurso icónico que no creo que pudiera haberse concebido antes de 750 d.C., puesto que ya deja ver los cambios que caracterizan al Epiclásico, aunque en nuestro relieve los veamos reflejados de manera inicial. Son estas primeras transformaciones las que en mi opinión dan forma a la iconografía del final del periodo Clásico y que terminan por adquirir plena identidad en los relieves del Juego de Pelota Norte. Si lo entendemos así, entonces podremos situar el relieve justo en este momento de la historia de la ciudad, una época que ahora se nos revela gracias a este singular tablero y que pone de manifiesto una etapa transicional de las artes plásticas de El Tajín. En esta pieza se combinan recursos de varios tipos que vienen de un periodo anterior con un ejercicio conceptual novedoso que imprime a la iconografía local un carácter distintivo que deriva justo de las modificaciones culturales que experimentaba entonces la sociedad. Las maneras de hacer y de decir se encuentran fuertemente arraigadas en el pasado, pero el discurso ahora busca dar cuenta de una realidad muy distinta. No parecen ser ya los tiempos de aquella poderosa capital regional, las cosas más bien se han movido hacia escenarios que verán surgir a una sociedad de guerreros, la misma que podemos observar en las columnas labradas del edificio homónimo.

Nuestro tablero permite entender, por primera vez, cómo fue dándose este cambio, qué tan pronto sucedió, y las razones por las que en el Edificio de las Columnas se observa enteramente establecido. Es decir, ofrece evidencia temprana sobre el desarrollo de una sociedad que resalta los atributos de los guerreros. Si hay algo que define este momento singular de la historia de El Tajín es, sin duda, un marcado aumento de los conflictos armados. Sabemos

que los hubo en la montaña y es posible que se mantuvieran por largo tiempo puesto que en los relieves de este edificio se describen batallas que ocurrieron en territorios donde crecen magueyes, lejos del territorio nuclear de El Tajín. El control de la obsidiana pudo generar situaciones de conflicto, particularmente en la Sierra Norte de Puebla, donde se encuentran los yacimientos de vidrio volcánico de los que tanto se valió la ciudad.

Si entendemos la ideología del Epiclásico como resultado de un fenómeno de integración cultural, encontraremos que la creciente vitalidad comercial acabará por modificar el pensamiento simbólico de las clases políticas de varios lugares de Mesoamérica. Más allá de sus distintas reivindicaciones, todas ellas terminaron por participar de un mismo modelo de civilización. Las manifestaciones artísticas que lo expresan son coincidentes por más que pueda haber en ellas diferencias en la forma. Es un mismo pensamiento simbólico, aunque manifiesto mediante recursos plásticos distintos. Aquello que impulsaba el cambio no sólo eran las armas, era el reconocimiento social que se le confería en un momento crucial de la historia de Mesoamérica.

La importancia del Tablero de San Antonio Ojital

El Juego de Pelota Norte de El Tajín es un edificio magnífico construido en el centro de una amplia plaza presidida por un gran templo piramidal que se encuentra alineado al eje de la cancha, aunque girado ligeramente al norte en la perspectiva de la escalera principal. Es posible que esto tenga que ver con las reformas que experimentó la pirámide durante el Epiclásico. Sin embargo, a diferencia de lo que vemos en el Edificio Y, los seis tableros que ocupan los muros de la cancha, dos colocados en el centro y otros cuatro ordenados por pares en las cabeceras, no fueron sustituidos con el paso del tiempo. En realidad no sabemos si en el Epiclásico se decidió cubrirlos con aplanados de cal. Es un asunto del que García Payón no se hizo cargo en su oportunidad y, aunque pudo ocurrir, todo hace suponer que los relieves siempre estuvieron allí y que, en todo caso, las renovaciones del edificio se hicieron sin modificar el arreglo inicial de la cancha.

Los tableros, con algo más de 80 cm por lado y de formato rectangular, muy similares en proporciones a la pieza de San Antonio Ojital, retratan a gobernantes por lo general sentados en bancos, siempre en cuclillas, y representados entre serpientes de cuerpos entrelazados. Se trata de un emblema de poder

usado por los soberanos de El Tajín, por lo menos desde mediados del periodo Clásico y que conocemos bien en las esculturas de la Pirámide de los Nichos. Ahí continúa en uso, pero para mediados del Epiclásico terminará por cambiar de forma, aunque esto no significa que los conceptos de los que proviene este antiguo pacto simbólico se hubieran perdido. No habría cosa menos cierta que entenderlo así, el banco o trono, la posición que adoptan los gobernantes, las serpientes y hasta su relación con los círculos, que surgen de los cuerpos entrelazados de estas serpientes, son símbolos que seguirán presentes en los textos icónicos promovidos por los soberanos del Epiclásico. Sin embargo, el tablero que venimos tratando forma parte, ya lo hemos dicho, por su arreglo simbólico, de una tradición escultórica mucho más antigua, en buena medida situada en el ámbito de los discursos icónicos que conocemos en los tableros de la Pirámide de los Nichos, aunque hay en el de San Antonio Ojital un cambio estilístico importante, una manera distinta de tratar la figura humana que va en el mismo sentido de lo que podemos observar en los relieves del Juego de Pelota Norte. Es por esto último que creemos que hubo toda una serie de esculturas que debieron labrarse en estos mismos años, en torno al siglo VIII d.C., y que por razones distintas no llegaron hasta nosotros. Fueron en su momento testimonio de un periodo de transición de las artes plásticas que originó el magnífico conjunto escultórico del Juego de Pelota Norte.

El Tablero de San Antonio Ojital, no obstante que aún siga perdido, ofrece una notable contribución al estudio de la cultura de El Tajín, en particular a la escultura de los últimos años del Clásico Tardío, un periodo de su historia del que no contamos con información suficiente. Si no existen otros relieves de esta época, en buena parte es porque las grandes reformas del Epiclásico (*ca.* 950 d.C.) se efectuaron en edificios construidos justo en aquel momento. Es decir, las obras emblemáticas de los últimos gobernantes de El Tajín se valieron de estos últimos, cambiaron su apariencia original y determinaron que las tallas de este periodo fueran reutilizadas como piedras de albañilería o que simplemente se les destruyera. La pieza que hemos venido estudiando quedó olvidada por largo tiempo y es importante que ocupe hoy día el lugar que por derecho propio le corresponde en el *corpus* escultórico de El Tajín (Kampen, 1972; Castillo, 1995). Si bien es cierto que nuestro tablero no basta por sí solo, ni siquiera para bosquejar las características de esta etapa de las artes plásticas, es por lo pronto el mejor ejemplo que tenemos de esta etapa de la escultura. A finales del Clásico Tardío hay un claro rompimiento con un estilo que venía de tiempo atrás y que imprimía a los personajes una enorme rigidez. Diría que el cambio

tiene que ver más con lograr figuras que sugirieran movimiento. Sin embargo, esta búsqueda, hay que tenerlo en cuenta, nada tiene que ver con renunciar al aparato simbólico que acompaña a las representaciones de los gobernantes, por lo menos desde el Clásico Medio. Esto último se modificará hasta cierto punto en los primeros años del Epiclásico, pero el estilo artístico, el que podemos observar en el Tablero de San Antonio Ojital, se mantendrá vigente hasta el final de la civilización de El Tajín. ❀

Bibliografía

- Avilez Moreno, María Rosa. 2014. “El señorío de Tuzapan: Algunos indicadores históricos y arqueológicos de su papel en el centro-norte de Veracruz.” *Arqueología* 47 (enero-abril): 146-159. Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Avilez Moreno, María Rosa. 2015. “Exploraciones de sondeo en Tuzapan, Veracruz: materiales y cronología.” *Arqueología* 50 (enero-abril): 75-103. Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Castillo Peña, Patricia. 1995. *La expresión simbólica del Tajín*. Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- García Payón, José. 1955. *Exploraciones en El Tajín: Temporadas 1953 y 1954*. Informes 2. Ciudad de México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Kampen, Michael Edwin. 1972. *The Sculptures of El Tajín, Veracruz, México*. Gainesville: University of Florida Press.
- Pascual Soto, Arturo. 2019. *Divinos señores de El Tajín: El culto al gobernante en los comienzos de la civilización*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas.
- Pascual Soto, Arturo. 2024. *El universo de los guerreros: Tumbas y ancestros en El Tajín del período Epiclásico*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas.
- Pascual Soto, Arturo. 2025. *Los últimos soberanos de El Tajín: tras las huellas de sus monumentos funerarios*. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas e Instituto de Investigaciones Antropológicas.